CAFÉ

Martes por la mañana. Suelto el embrague, acelero. Freno, acelero, freno, piso el embrague: el tráfico infernal de la M-30 no hace excepciones.

—Llamar Raquel uni —ordeno al asistente virtual mientras toco el claxon—. ¡Llamar Raquel uni! —mi bebé, en su sillita homologada de cuatrocientos *napos*, llora.

50 minutos después, por fin consigo aparcar a 4 calles de la cafetería. «Sí, lo sé, andando hubiesen sido 15 minutos. ¿Qué le voy a hacer? Soy esclava del asiento calefactable».

—Lo siento mucho, tía. Caravana, zona verde, ya sabes…

—No te preocupes. Apenas acabo de llegar —me responde sonriendo mientras apoya una revista en la mesa—, te he pedido un café Moka, tu favorito.

Aparco el carrito a mi lado. Raquel hace carantoñas al bebé, lo pone caras. Yo tomo un sorbo de café mientras un *cucú-tras* resuena en mis oídos. «Que asco. ¡Está frío!».

—Ya han pasado siete meses desde la última quedada.

-Sí *guapi*. La vida, que no me da —digo mientras hago un gesto al camarero y señalo el café—. Otro, por favor.

—¿Qué tal lo de ser madre? ¿Y el embarazo? —pregunta sin mirarme, cubriendo su rostro para, instantes después, volverlo a mostrar—. Tiene que ser una experiencia maravillosa. ¿Verdad?

Miro a Jorge de reojo: está pataleando al aire, quitándose la mantita a manotazos; observo su boquita: una *trituradora de pezones* desdentada. Raquel le tapa.

—¡Uf! Ya ves, «maravillosísima» —de repente, me apetece jamón—. ¡Y una tosta de jamón! ¡Con aceite virgen extra! —grito al camarero.

»Fíjate —señalo mis caderas—. ¡4 tallas más tía! ¿Y las tetas? Soy un jodido dispensador lácteo con los pezones como *galletas campurrianas*.

Raquel *se ríe*. A mí no me hace ni puta gracia.

—Dos mastitis. ¡Dos! —recalco con los dedos—. ¿Y el pelo? Eso de que te ven radiante durante el embarazo por el «chute» de estrógenos… Mira. ¡Mira! —exclamo mientras tiro de mi cabello y un mechón se queda entre mis dedos.

Raquel asiente boquiabierta. Mira a Jorge, me mira.

—Y, ¿qué te voy a decir del embarazo? Unas estrías en las piernas que parezco una cebra; los últimos meses un reflujo constante —y susurrando, comento—, que… que dicen que es porque el bebé viene melenudo… ¡Pero mírale, pelón! La «viva imagen» de su padre.

Introduzco un trozo de tosta en mi boca mientras río, meneo con nerviosismo el carro —que intuyo que va a empezar a llorar— y, tras sorber un hilillo de veteado que se me había quedado colgando en las comisuras, continúo:

—Ah. Sí tía, ¡y una muela se me cayó! —abro la boca, señalando con la lengua el hueco. En las pupilas de Raquel se refleja el espacio vacío entre dientes, junto con trozos de pan y jamón a medio masticar—. ¿Sabes por qué las ventanas de las habitaciones del ala de maternidad no tienen manilla? —miro a Raquel fijamente, espero unos segundos—. Por la depresión postparto. ¡Las madres se lanzaban al vacío con sus hijos en brazos!

Me fijo en que no ha tocado el café desde que empezamos a hablar. «¡Se le va a quedar frío!».

—Al menos los 7 puntos de la episiotomía ya no supuran, y mi entrepierna *apenas* echa tufo a pescado podrido. ¡Así que ni tan mal! —enfatizo sonriendo irónicamente.

Me fijo en su semblante compungido: una lágrima recorre su mejilla. Leo el titular de la revista: *Especial bebés*: *los 8 puntos a tener en cuenta para su desarrollo neuronal*.

«Mierda…»; sudores fríos. «En la hora…»; carraspeo. Estiro el brazo hasta alcanzar su mano y, apretándola levemente, susurro con dulzura: «Bueno nena. Y tú, ¿de cuanto estás?».

© **Víctor Martín Rodríguez *(Víctor el Bizarro)*, 2025 • victorelbizarro.com** • Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico o electrónico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y sucesos que aparecen en esta publicación son producto de la imaginación del autor, o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y acontecimientos es pura coincidencia. El autor de esta obra no busca fomentar ni animar a realizar ninguna de las conductas y/o acciones reflejadas en la misma.

RELATOS
CORTOS
DESCUBRE MÁS EN
VICTORELBIZARRO.COM/LIBROS
VICTOR
EL BIZARRO